

NUEVA ERA.

Año II.

San José, Martes 26 de Marzo de 1861.

NUMERO 49.

La República de Costa Rica, antigua Provincia de la Capitanía general de Guatemala, posteriormente Estado de la Federación Centroamericana y hoy independiente y soberana a virtud de la ley fundamental expedida en 31 de Agosto de 1848 por el Congreso que la elevó a aquel rango, y a cuyos intereses sirve este periódico, se haya situada entre los 8° a 11° y 16 minutos latitud Norte; y del 84° 49 minutos al 85° 45 minutos long. id. Occidental de Greenwich: esta dividida para su administración, según la Constitución última dada en 25 de Diciembre de 1859, en provincias, estas en cantones, y estas en distritos—para los negocios nacionales—cuya división es susceptible de variación por las leyes generales de la República, y para los efectos fiscales políticos, y judiciales.—Su población, según el censo general, asciende aproximativamente por no haberse levantado con exactitud a 150,000 almas.

Su territorio comprende una extensión de 2500 a 3000 leguas cuadradas, y se extiende entre Nicaragua y Panamá, bañándose de un lado el Océano Atlántico, y de otro el Pacífico.—Sus límites con Nicaragua están arreglados por el tratado ajustado con aquella República el 15 de Abril de 1858; y por el lado del Estado de Panamá, están aun por determinar.

La República está dividida en seis provincias que se expresan a continuación.

SAN JOSE.
CARTAGO.
HEREDIA.
ALAJUELA.
PUNTARENAS.
GUANACASTE.

Y cada una de ellas tiene el derecho de enviar dos Senadores al Congreso Nacional y el número de Representantes que le correspondan, a ración de un propietario, por cada diez mil

habitantes, ó por un residuo que exceda de 3000; pero en todo caso tienen el derecho de elegir uno aunque no alcance a este número.—Los Senadores y Representantes duran cuatro años debiendo ser renovados por mitades cada dos años, y a la suerte; pudiendo ser reelectos inmediatamente.

El poder público, está dividido en Costa Rica para su ejercicio en Legislativo.—Ejecutivo y Judicial.—El 1º le ejerce un Congreso compuesto de dos Cámaras—el 2º encargado al Jefe de la Nación que se llama Presidente de la República; y el 3º a la Corte Suprema de Justicia y demás Tribunales y Juzgados establecidos por la ley.

En la República no hay esclavos; y está prohibida su introducción siendo libres por el hecho mismo de pisar su territorio.

El Estado garantiza a todos sus habitantes el uso de la imprenta sin previa censura y aun bajo el anonimato; con la única restricción de no poder hacer uso de ese derecho, contra el honor de los ciudadanos, el derecho de petición—la propiedad—la libertad religiosa—el domicilio, el derecho de viajar sin pasaporte dentro de la República; y el de no ser juzgado por comisiones especiales.

El Estado protege la Religión Católica, Apostólica Romana. Se encuentran en el país todos los productos propios de las regiones intertropicales; pero el principal cultivo es el del café—que es el primer renglon de exportación—el cultivo del tabaco, y la destilación de aguardiente de caña no puede hacerse libremente.

La República posee en el Pacífico muchos puertos; pero todo su comercio de exportación é importación se hace por el puerto de Puntarenas; cuya franquicia ha terminado.

La NUEVA ERA, periódico independiente por sus tendencias, se reserva la facultad de rechazar toda publicación que no estime conveniente; admite todo artículo de interés general; y se cangea con los demás periódicos.—En ningún caso admitirá escritos que contengan injurias personales y calumniosas imputaciones.

UNA BREVE OBSERVACION.

A medida que corre el tiempo, vá siendo mayor la ansiedad que experimentamos por conocer el resultado del drama que viene teniendo en suspenso los años, y que, hace algun tiempo se representa en los E. E. U. U.; por que para los centro-americanos, esa lucha entre los Estados disidentes del Sur y los del Norte, si llega a efectuarse la ruptura del lazo federal, es de grande significacion para adoptar un partido en el porvenir. Pues que, si á no dudarlo, en los Estados que forman la nueva Confederación meridional, entra como plan la conquista ó anexión de Méjico y mas tarde la absorción de Centro-América, entonces solo una liga fuerte y poderosa de todas las nacionalidades centro-americanas, sería capaz de contener y aun de prevenir en tiempo esa emergencia. Hay quien crea y aun desee sinceramente el rompimiento completo de toda relacion del Sur con el Norte, y quien vea en ese acontecimiento una ganancia en lo porvenir para las Repúblicas hispano-americanas. Puede que así sea; pero tambien no deja de ser sospechoso, el que en los momentos de la crisis, la prensa de los Estados Unidos levante su voz y aconseje como ha aconsejado en el caso probable de no llegar á un avenimiento los Estados, la extensión de área territorial por parte de los del Sur, hacia el continente que ocupan las colonias de origen español, hoy Repúblicas de Méjico y Centro-América. Aun no se sabe qué piensen sobre esto nuestros Estadistas, y cómo se preparan para torcer el curso de los acontecimientos que, á nuestro juicio, es necesario prevenir de antemano, con una política completa de unificación, manteniendo todas las nacionalidades espuestas en una estrecha mancomunidad de miras y de tendencias entre sí. La legacion de Costa Rica tiene al presente un carácter de oportunidad para ocu-

parse de los intereses generales que se refieren al porvenir y reorganización de Centro-América; ojalá no sean estériles los pasos y los esfuerzos de este Gobierno y pueda resultar un acuerdo, entre todos los mandatarios, en lo que toca mas de cerca al porvenir de los pueblos y al papel y rango que debe asumir como potencia unida la antigua Confederación Centroamericana.

Ignoramos hasta ahora qué clase de conferencias se hayan cruzado entre el Ministro Plenipotenciario de la Nación, y el Gobierno de Nicaragua, y qué medidas se hayan adoptado para ponerse de acuerdo con los demas Gobiernos. Por eso no damos cuenta de lo que está ligado con una misión tan importante como la del Sr. Volio.

Sería en verdad un contraste bien singular el que presentaría la conducta de nuestra raza, rehabilitándose de los errores pasados, y en momentos en que, la que por tanto tiempo nos ha explotado, y amenaza avasallarnos, está á punto de llegar á las manos. Un acontecimiento semejante, daría importancia á las Repúblicas que, hoy aisladas, ningun progreso de importancia pueden cumplir y ninguna significacion tienen, en el exterior. Débiles, casi siempre, explotadas, consumidas por la fiebre de las ambiciones personales, se presentarían grandes en una confraternidad, esendiéndose un apoyo mútuo, consolándose de sus pasados infortúnios, y tremolando de nuevo la bandera de Centro América. ¡Qué espectáculo tan sector para las naciones que hoy la miran con desden, verla levantar, fuerte, lozana y vigorosa de su decadencia pasada y actual! Compréndanlo así los gobiernos y los pueblos y adelante!

Inconvenientes y muy graves están diseminados en el camino; no se nos oculta ni puede ocultársenos; pero cual es la empresa que puede llevarse á cabo sin luchas? El obstáculo al contrario engendra un estímulo mas para

vencerlo; qué importa el! Quien no lo aparta se manifiesta débil y la debilidad no es el carácter distintivo de la raza de Pelayo; la energía y actividad son propias de los caracteres templados para la lucha; y no debemos ser los primeros en dejarnos vencer por los obstáculos—Allanemos el camino y subamos.

Actualmente Centro América está llamando la atención, para que en caso de consumarse la separación de los Estados del Sur de la Union americana, el Norte se procure un mercado de agudones en estas regiones, prestando para abastecerse de ellos, mano á las empresas que traerían aquí el capital y la inmigración. Por una carta publicada en la Crónica de Nueva York, de Mr. E. G. Squier se vé que ningun territorio presta mejores condiciones para el cultivo del algodón que el de Centro América; de producción mejor en calidad, en mayor número y con menos capital que en cualquiera otra región de los E. E. del Sur de la América Meridional. Como se notará en el caso supuesto de la separación del Sur, el Norte de los Estados Unidos, es muy posible que venga á derramar sus capitales y sus brazos para estos territorios; la empresa no puede ser mas seductora para los hijos de aquel, ni mas conveniente al mismo tiempo para la industria naciente de estas Repúblicas. Pero en tal eventualidad ¿sería prudente mantenerse Centro-América en el mismo estado de aislamiento en que hoy se encuentra? mas, ¿no debería, llegado ese caso, encontrarse unidas para resistir en el porvenir toda tentativa de avasallamiento? Por que tengase entendido que esto no tiene nada de hipotético. Los hijos del Norte siempre se han distinguido por sus tendencias; nos traerian las empresas; pero tambien la coyunda; y entonces es necesario aparecer fuertes, y la fuerza está en la union.

Mucho se ha escrito acerca de esto; pero nada es mas impor-

tante en la actualidad que agitar esta cuestión que empieza á ser la cuestión del día para Centro América: ¿se quiere la union ó no se quiere? Es preciso que los Gobiernos de cada sección respondan á esta pregunta.

Parece que todos la desean; pero difieren en los medios de llevarla á cabo; y una vez que a prensa de Guatemala en días pasados exigió una discusión franca, con franqueza vamos á emitir nuestra opinión.

Uno de los obstáculos que se oponen á la reorganización, es la manera de ser de los Estados; la organización política tan distinta de ellos. Así: la forma de gobierno de Costa Rica, Nicaragua y Honduras, no es aceptable para el Salvador y Guatemala; ni la de estos para aquellos; este es en nuestro entender un obstáculo y no el menor para constituir una Confederación republicana con derechos y garantías comunes á todos sus habitantes.—Pero para tal obstáculo hay el remedio propuesto por el "Español de ambos Mundos": nombrar un Consejo Federal que se encargue de los negocios de competencia nacional y dejar á cada Estado que se gobierne por sí y se dé las instituciones que quiera en los asuntos de su exclusiva jurisdicción.—Así puede mantenerse la autonomía de cada uno de ellos, sin interferir un atentado á su independencia, y huyendo de los celos por cuestiones locales.—La piedra de toque para la solución del problema está en no tocar los intereses presentes, en la actualidad. Guatemala está contenta con su forma de Gobierno; lo mismo el Salvador, que Honduras, que Nicaragua y Costa Rica en fin. Respétese la voluntad de cada uno de los Estados; siga el régimen que cada uno se ha dado en tanto que no resuelva alterarlo; pero unifórmense todos para establecer un sistema de Gobierno y de administración de los intereses nacionales y comunes á todos ellos. Lo que se refiere al ramo de Relacio-

REFLEXIONES

Sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas hispano-americanas.

[Artículo segundo.]

La conquista de América—sus elementos—sus tendencias—sus medios de acción—Condiciones físicas y sociales del Nuevo Mundo.

nes Exteriores; escudo, armas y pabellón de los Estados confederados; aduanas, pesos, pesas y medidas oficiales; deuda pública exterior; vías de comunicación de un Estado con otro; colonización etc., puede ser materia de reglamentarse hoy, dejando al cuidado del Consejo Federal, nombrado por los Estados, la suprema dirección y administración de estos asuntos.

Inicie, pues, Guatemala la obra, y para empezarla sería conveniente acreditarla desde ahora una Legación en Nicaragua; dirigiéndose al Gobierno del Salvador y Honduras á fin de que hagan lo mismo. Ha llegado la época de obrar; y probar al mundo que aun hay algo de sensatez en estos países; y que no es la ambición de gobernar pequeños territorios lo que detiene la unión de pueblos hermanos en origen, tendencias, educación, costumbres é historia.

Hagan algo los hombres públicos de Centro-América: algo grande: algo que llame la atención; y algo que restaure la decadencia de la raza española en esta región del Nuevo Mundo.

REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS.

El señor José María Samper, nuestro compatriota, hábil y distinguido escritor, que por cierto no pertenece á la clase de hombres, de aquellos que en su arrogante sabiduría, llama el Redactor del *Eco Hispano-americano*: "la ignorante pedantocrática de Hispano-América;" el señor Samper profundo observador de nuestras sociedades, ha echado sobre sí la responsabilidad de explicar las causas de nuestras desgraciadas y constantes agitaciones políticas, y de hacer comprender y conocer á los ojos del mundo civilizado europeo, las condiciones históricas, políticas y económicas de las repúblicas hispano-americanas.—Por supuesto que al señor Samper no le arredra la inmoderada algarabía de los declamadores de la no menos ignorante pedantocrática europea, en lo tocante al conocimiento de la índole de nuestras instituciones, y de los obstáculos con que necesariamente han tenido que tropezar sociedades vírgenes, en su carrera hacia el progreso.

Creemos que al señor Redactor del *Eco Hispano-americano* pegaría mejor la tarea de sostener una polémica ilustrada con el señor Samper; pero dudamos mucho que aquel bilioso escritor manifieste tanta erudición para redactar un periódico noticioso, como habilidad para el estudio serio é imparcial de las causas y obstáculos que han embarazado la aclimatación de nuestras instituciones, y retardado la estabilidad de nuestras sociedades.

Entre tanto, oigamos al señor Samper; y oigámosle, porque es preciso se sepa que, si Hispano-América se ajita sin cesar en un drama sangriento, eso tiene su explicación y sus causas.—He aquí su segundo artículo.

La lucha formidable, que había ensangrentado el suelo de la Península durante cerca de ocho siglos, acababa de tener su solución definitiva con la reconquista de Granada en 1492. El pueblo ibérico (si tal nombre puede ser aplicado sin faltar á la etnología) múltiple en su origen, sus tradiciones y costumbres—pueblo federativo, embrionado de una grande y heroica nacionalidad mixta—renacía como pueblo soberano, y acababa de constituirse en potencia de primer orden, por la fusión ó reunión de los reinos de Castilla y Aragón, León y Navarra. La España estaba hecha—hija de la lucha mas terrible y cabaleresca—y su horizonte se debía ensanchar, en proporción de su heroísmo y su gloria, de su importancia geográfica y marítima y de su influencia y relaciones en Europa.

Era en aquellos momentos que el genoves Colon llamaba á las puertas de España por última vez para ofrecerle la conquista, ó por lo menos la gloria suprema del descubrimiento de un mundo que el intrépido marino había adivinado vagamente, por intuición, informes y estudio profundo, sin tener la convicción de su verdadera geografía. Aparte de la incredulidad que en aquella época despertaban los proyectos de esa clase, la empresa de Colon encontró desde luego dos grandes obstáculos: el fanatismo religioso y la penuria del tesoro español, penuria que se hacía sentir cruelmente en todos los Estados de Europa.

El fanatismo religioso hacía considerar la empresa, la simple enunciación de la existencia de otro continente, como una impiedad que conculcaba las nociones necesariamente incompletas, ó metafóricas, ó mal traducidas y comprendidas, de las Santas Escrituras, respecto de la forma de la tierra. La penuria del tesoro hacía imposible aventurar una expedición que requiriera fuertes gastos en una obra misteriosa, que tenía delante lo desconocido, lo infinito, y exijía una abnegación y un esfuerzo incomparables. España había agotado todos sus recursos en la lucha contra los Moros y las guerras de los antiguos reinos españoles, y lejos de poder desembolsar, necesitaba montones de oro.

Pero al mismo tiempo Colon halló dos elementos favorables á su empresa, que se hallaban en la composición misma de la sociedad: por una parte, el sentimiento heroico de la nación, excitado y alimentado por la lucha á muerte sostenida durante tantos siglos; por otra, el espíritu aventurero y codicioso que la política de los reyes de Aragón, Castilla etc. habían mantenido en las luchas con los pueblos de Francia, Portugal, Italia y otros países, espíritu aguijoneado en aquel tiempo por la pobreza general, el estancamiento de toda industria, la supremacía del guerrero sobre el hombre civil y la urgente necesidad de dinero. Los españoles no sabían ó no habían tenido tiempo de aprender á trabajar; pero sabían combatir con bravura incomparable. Necesitaban seguir luchando para vivir, y puesto que el moro (autor con el judío de toda industria en el país) acababa de sucumbir, era preciso transportar la lucha á otras regiones. Todo el mundo—desde los reyes hasta el último labriego—pedía "Oro, oro! y siempre oro!" Talados los campos, destruida la industria,

estancado el comercio, el oro era la preocupación universal, y los reyes de Europa no excusaban acto ninguno por inmoral ó equivoco que fuese, á fin de procurarse el milagroso metal.

Los alquimistas—esos heroicos y misteriosos precursores del químico moderno, que es el gran revolucionario—se declaraban impotentes para producir la maravilla mas ansiada. Colon dijo entonces: "Yo soy el gran alquimista; yo tengo en el corazón y la cabeza un mundo de oro; yo descubriré las tierras del prodigio—un continente repleto de lo que buscáis con ahínco. Dadme algunas carabelas armadas, y os enviaré torrentes de oro—mas que torrentes, un inmenso aluvión metálico"

La sugestión era oportuna, elocuente y tentadora. A escuchar ese lenguaje las sacristías enmudecieron; las Escrituras parecieron susceptible de una interpretación elástica; la Iglesia cerró los ojos y dió su pase. El Rey, que había sido tan hostil á la empresa, dijo entonces: "Tal vez tenga razón el visionario; probemos y dejemos hacer." Isabel la Católica arrojó sus joyas á los pies del marino alquimista, preocupada ante todo con la santa idea de agradar á Dios mediante la conversión de gentiles desconocidos. El aventurero, formado en los campamentos, ávido de fortuna y de acción, y sintiéndose amenazado de tener que buscar la vida en el trabajo, corrió á la playa á enrolarse bajo las banderas del marino; y al zarpar del puerto de Palos la pequeña expedición de conquistadores de lo desconocido, todo el mundo exclamó: Tendremos oro!"

Los obstáculos y los elementos ventajosos que Colon encontró, resumen todo el genio y la historia de la conquista. Fanatismo religioso, codicia, ó necesidad de oro, espíritu de aventuras y cabaleresco heroísmo,—hé ahí los cuatro símbolos de la mas extraordinaria epopeya que el mundo cristiano haya conocido, superior bajo muchos aspectos á la guerra colosal de las Cruzadas. Si estas fueron la irrupción del mundo cristiano sobre el oriental (mas inspirada por intereses político-sociales que por los religiosos) la conquista de América fué mucho mas: fué la irrupción de la civilización sobre el caos, sobre lo desconocido, especie de segundo génesis que debía completar á los ojos del hombre el prodigio de la creación, el equilibrio, la unidad y la armonía de la obra de Dios y de los siglos.

Lo que hicieron los conquistadores en América fué tan estupendo, tan fabuloso, que jamas poema ninguno podrá contarle dignamente, que jamas descripción ninguna, por fiel, extensa y poderosa que sea, podrá igualar la realidad. Es preciso haber nacido ó vivido largo tiempo en América, y conocer los Andes, los desiertos, las selvas, los rios y ciénagas, las costas y los climas de ese mundo en que todo es colosal, para comprender y apreciar, por los formidables obstáculos de hoy, lo que entonces hicieron los conquistadores, prodigiosamente audaz, heroico, tenaz y temerario!

Toda la impetuosidad del vencedor del moro, la tenacidad indomable del aragonés, la sufrida y silenciosa constancia del castellano, (que combatía y moría diciendo chistes y refranes), la vehemente curiosidad y pasión del andaluz, y la fría perseverancia calculadora del catalán y el vascugado, se ostentaron en esa lucha de titanes empuñados, en número molecular, en la conquista de un mundo exuberante de calor y vida, de fuerza y

majestad, de riqueza y población, de novedad y prodigios. Si al pasar bajo los umbrales de un vasto templo desconocido se siente siempre no sé que impresión de recogimiento y respeto, ¡qué no debieron sentir aquellos zapadores de la civilización europea, al hollar por primera vez un mundo en que todo era pompa y misterio, y de cuyas proporciones y condiciones no se tenía noción ninguna!

El poema complejo de Colon y Balboa, de Cortés y Alvarado, de Pizarro y Almagro, de Quesada y Benalcázar, de Federman y Robledo, de Valdivia y Orellana y tantos otros capitanes, es no solo el poema del supremo heroísmo, la tenacidad y el sufrimiento, si no tambien la epopeya completa y sintética de la humanidad en los siglos XV y XVI, en su transición de la feudalidad cabaleresca y ávida al Renacimiento pensador y progresista; epopeya en que se vé la lucha de la civilización maliciosa y cruel contra la barbarie inocente, débil y confiada,—lucha sostenida cuerpo á cuerpo por cada uno contra mil,—de pasiones terribles, de insaciable codicia, de aterrador fanatismo, de supersticiones fabulosas, de brutalidad heroica, de cabalerescos sacrificios, de ingratitudes atroces, de sorpresas infinitas, de fraternidad especuladora, de devastación y creación simultáneas.

En esa epopeya todo fué grande: el bien como el mal, la iniquidad como la virtud, el esfuerzo como la resistencia; solo que la grandeza del esfuerzo estuvo toda en los hombres y la de la resistencia se mostró solo en la naturaleza.—Tres imperios poderosos y muy avanzados en civilización, relativamente, fueron conquistados por tres puñados de hombres de fierro, titanes hambrientos de oro, que escalaban los Andes con mayor audacia que los titanes de la fábula quisieron escalar el cielo! Y, cosa singular que comprueba que la verdadera civilización es esencialmente inocente y pacífica,—los conquistadores se apoderaron con suma facilidad de los imperios de los Aztecas, los Chibchas y los Quichuas, donde reinaba ya la civilización, y no tuvieron que luchar con grande energía sino en los valles ardientes, donde las tribus bárbaras, no teniendo mas hábitos que los de la guerra, se defendieron con desesperación y se mostraron terribles.

Un hecho muy notable, entre otros, caracteriza admirablemente la conquista: la uniformidad típica de los conquistadores. Si la fortuna, la superioridad del genio (el de la lucha y la violencia), el orgullo y la ambición en mayor grado, hicieron sobresalir en la epopeya de la conquista á Cortés, Alvarado, Jimenez de Quesada, Benalcázar, Pizarro, Valdivia y otros capitanes, no por eso dejó de ser evidente la comunidad de cualidades y defectos entre los jefes, oficiales y hombres de tropa. Cada conquistador, cuasi noble (hidalgo) ó plebeyo, jefe ó soldado, era un tipo, un representante completo de todas las huestes conquistadoras. Cada cual era la unidad característica y la parte de un todo armónico.

¿Por qué esa uniformidad de caracteres? Es que la conquista no era mas que una especulación á mano armada. Cada soldado era un socio comanditario, que trabajaba con el arcabuz, la espada y la lanza á partir de ganancias y pérdidas. Todo el mundo (excepto algunos frailes de fanatismo feroz, como Valverde) tenía el mismo pensamiento, la misma aspiración: el oro! Todos los conquistadores eran terribles, impávidos, indiferentes al peligro, ávidos, indomables en la

pelea; todos brutales, implacables en la victoria; todos sufridos, pacientes, abnegados, se auxiliaban y socorrian mutuamente en los conflictos y las raras derrotas, soportando con pasmosa resignación las miserias, los rigores del clima, el hambre, las enfermedades y la muerte. Todos se mostraron supersticiosos y fanáticos, y al mismo tiempo cínicos en su extraña moral, profundamente pervertidos, jugadores, codiciosos, inclinados siempre á conspirar contra el superior para suplantarlo en el mando. Parecía (no obstante la nobleza de las tradiciones de lealtad española) que la tradición y la perfidia eran legítimas respecto de los indios; y practicaban á veces sin pensarlo, el abominable principio de que el fin justifica los medios. Todas las virtudes de esos hombres no son sino las de la guerra (excepto la magnanimidad y la lealtad á los convenios)—las rudas virtudes de la situación misma, las que engendra el peligro, las que inspira la grandeza de la obra y del resultado que se busca. Sus vicios son los de la época, sus antecedentes y las clases sociales donde han salido los conquistadores. ¡Cosa singular! esos hombres pertenecen á pueblos muy distintos: unos castellanos ó aragoneses, otros andaluces ó vascongados, no pocos son portugueses ó italianos; y sin embargo todos tienen el mismo tipo!

¿Por qué esa uniformidad? volvemos á preguntar. La explicación es sencilla. Es que la conquista no es ni será en realidad la obra del pueblo español ó de una raza, sino la obra anónima de una época, de una civilización. Si los conquistadores exclaman siempre al combatir: *Cierra España!* es el siglo XV (ó el XVI que lo continúa en gran parte) el que hace la conquista de un mundo nuevo, con la tendencia aparente de engrandecerse, pero en realidad con el instinto secreto de regenerar y transformar toda la civilización. Es ese siglo el que se sirve de Colón, rechaza sus hambrientos y heroicos voluntarios y le pone su grande y terrible sello al Nuevo Mundo, á reserva de que más tarde el soplo ardiente de ese mundo sojuzgado borre en Europa misma las huellas de aquel siglo conquistador. Ese fenómeno será lento y laborioso, tardará tres siglos en producirse, pero vendrá forzosamente. La justicia exige reconocer que lo que hoy está pasando en Hispano-América,—ese juego de revoluciones y reacciones difícilmente comprendidas,—es pura y simplemente una lucha profunda y general: la lucha entre el siglo XIX. y XV. y XVI.—entre los gérmenes de la conquista, todavía palpitantes, y las creaciones de la época prodigiosa de Fulton, Stephenson y Morse.

Las tendencias y los medios de acción de la conquista no podían menos que corresponder á su carácter y sus elementos. Puesto que no se trataba de colonizar, sino de obtener oro, era preciso buscarlo y conseguirlo á todo trance, sin paramientos en la moralidad de los medios. Terrible fatalidad que debía ser fecunda en resultados funestos! La violencia fué el medio único de la conquista; la violencia bajo todas sus formas. Se llamó soldado, y bajo ese nombre combatió, hirió, mató sin piedad, taló y devastó cuanto era devastable. Se llamó fraile-Capellán, y como tal fanatizó, apasionó las conciencias, violentó sin miramiento alguno las creencias indígenas, prendió la hoguera, predicó el exterminio de las razas gentiles. Se llamó Virrey, gobernador ó lugarteniente, y con esa autoridad fundó el despotismo centralizador, que debía suprimir toda espontaneidad en la

vida social; inauguró una era secular de tiranía y conspiraciones, é hizo del monopolio en todos sentidos la base de la organización, y de la fuerza bruta el título de todo poder. En fin (para no alargar la nomenclatura) se llamó encomendero, y como tal transplantó la feudalidad al Nuevo Mundo, hizo al indígena siervo de la gleba, súbdito del látigo, y lo expropió y aniquiló.

Preciso es reconocer que, si más tarde, á fines del siglo XVII, y en el XVIII, la colonización hubo de formalizarse por la fuerza de las cosas, por la lógica de la conquista y las conveniencias y necesidades de la madre patria, en todo el siglo XVI no se pensó seriamente en aprovechar los inmensos recursos de todo género que, aparte del oro, ofrecía la explotación hábil y previsora del Nuevo Mundo. Así mismo, si en el segundo período de la colonización (que comenzó con las *Leyes de Indias*) España empezó á enviar á sus colonias, demasiado tarde, algunos hombres honorables, cultos y benéficos, algunas familias distinguidas, si bien arruinadas, que prepararon la nueva sociedad, durante la conquista y el primer período España no arrojó sobre el Nuevo Mundo sino un aluvión compuesto de la hez de su población hambrecida, la espuma de la vieja sociedad batalladora y aventurera.

Así, mientras que la conquista destruía ó embrutecía completamente á las razas fecundas y accesibles de América, excluyéndolas de toda personalidad y todo cruzamiento con las razas peninsulares, los conquistadores no fundaban con su propia sangre sino una sociedad viciosa, profundamente pervertida por el hábito de la violencia y que tenía todos los defectos sin ninguna de las virtudes civiles del mundo europeo.—Mas tarde, la política de Carlos Quinto y Felipe II agravó el mal, arrojando sobre América nuevos aluviones de aventureros de la peor clase. La introducción de los esclavos africanos, la de la Inquisición, y la acción de los misioneros jesuitas, completaron como lo haremos ver después, el cúmulo de elementos fatales para la sociedad hispano-americana.

Tales fueron las condiciones de la conquista. ¿Cuáles eran las del mundo conquistado? Resumamos los rasgos más característicos, en lo natural como en lo social, y ellos nos bastarán para establecer nuestro punto de partida en la rápida investigación que nos proponemos hacer.

El Nuevo Mundo no era solo infinitamente hermoso, virginal y poético. Aparte de esos rasgos generales de aspecto, sus condiciones físicas se resumían en estas palabras: magestad, grandeza, novedad, exuberancia prodigiosa, riqueza inagotable y múltiple, pompa infinita de formas, de vegetación, de vitalidad animal y de pujanza! España, con todo su poder de entonces era un átomo en presencia del Nuevo Mundo. Ella no tenía la luz, ni la fuerza, ni el arte, ni la población necesarias para emprender una colonización que exigía inmensos recursos y formidables esfuerzos. Le era preciso, ó reducirse á un círculo relativamente estrecho, arriesgando perder inmensas regiones que Francia, Inglaterra y Portugal codiciaban mucho; ó diseminar su acción sobre todo el continente colombiano, y por tanto hacerla estéril, empírica, impotente y viciosa. Uno solo de los tres imperios principales conquistados, habría bastado para ofrecer vastísimo campo á la actividad española. Queriendo abarcarlo todo, la potencia colonizadora se ahogó, se anonadó en la grandeza misma

del mundo colonizable, y en vez de producir una civilización vigorosa, engendró un feto de semi-barbarie extravagante.

Las nociones que la civilización había alcanzado en la época de la conquista tropezaron con un mundo que las desorientaba enteramente. La geología, la geografía, la fauna, la flora, la hidrografía, la orografía, la meteorología y la etnografía,—todo era diferente de lo que el viejo mundo conocía. Así como los Alpes en nada se asemejaban á los Andes ni el Mediterráneo al Pacífico, ni el Tajo y el Guadalquivir al Orinoco, el Amazonas y el Plata, la semejanza y la analogía faltaban en todo lo demás. Todas las nociones del arte y de la ciencia, de la guerra y la política, de la religión y la moral, de la belleza y la fuerza tenían que sufrir una profunda modificación para acomodarse á la portentosa novedad de América, so pena, en caso contrario, de encallar completamente en su aclimatación. Era forzoso crear una nueva ciencia, otra economía política, un nuevo sistema de estrategia, de gobierno, de administración, de legislación, de explotación del suelo, de vida social, de usos y costumbres, para hacer frente á las exigencias de comarcas y razas que no tenían ninguna analogía con las de Europa.

La exuberancia maravillosa de la vida y las fuerzas de la naturaleza, así como su riqueza inagotable y variada hasta lo infinito, oponían inmensas dificultades á una colonización desordenada, caprichosa y aventurera. En aquel mundo donde todo es colosal en la naturaleza, donde el árbol crece de la noche á la mañana; donde la luz trabaja como un obrero infatigable y de prodigiosa facultad productiva;—donde la tierra fermenta día y noche con la fiebre de un poder de creación asombroso, haciendo sentir el soplo de su respiración acelerada y las palpitaciones de un pulso de fuego; donde la vida se duplica por la ausencia de los inviernos y otoños, sin reposo ninguno en su trabajo de descomposición, reproducción y multiplicación; donde parece que la creación no se ha completado todavía y se embriaga con sus esbosos portentosos en un delirio incesante de vitalidad, voluptuosidad y progreso; en aquel mundo, decimos, no era posible crear la civilización sino á condición de concentrarla. Allí, apenas se dá un paso cuando la huella del anterior se ha borrado bajo la onda siempre invasora de una vegetación calenturienta y lujuriosa, que nace, crece y muere para renacer centuplicada, en un perpetuo estremecimiento de amor y pujanza. Abrid un camino, y mañana, si volveis la espalda, no hallareis en su lugar sino la selva, un templo de verdura. Construid una casa en el desierto, y si no lucháis hora por hora contra los gérmenes de vida que fermentan debajo y en derredor, en el suelo como en el aire y la luz, la potencia implacablemente generosa de la naturaleza os expulsará en breve del asilo que creíais tener seguro. Cread un puerto, un dique, un puente, confiando en la mansedumbre de la onda que lo baña, y una semana después, si no defendéis vuestra obra cuerpo á cuerpo, el torrente kecho río, la cascada convertida en catarata formidable, el río, salido de madre y transformado en mar, repentinamente, demolerá en un minuto toda construcción.

A los europeos que no conocen el Nuevo Mundo, se les podría decir, para darles una vaga idea de la grandeza física de ese continente: Multiplicad veinte veces los Alpes por los Pirineos y los Apeni-

nos, y tendreis, aunque con grandes diferencias geológicas é hidrográficas, algo parecido á los Andes. Imaginaos el Mediterráneo sólido, surcado por ríos tan grandes como el canal de Gibraltar, inmóvil, batido por huracanes poderosos, y cubierto de gramíneas gigantescas, de bosques interminables de bambús ó *guaduas*, de selvas, de palmeras y de colosos vegetales y plantas de todo género; y tendreis alguna idea de las Pampas del Plata y los Llanos de la región del Orinoco. Figuraos el Vesuvio y el Etna centuplicados sobre enjambres de nevados tres veces más colosales que el Mont Blanc, y comprendereis lo que son el Chimborazo, el Cotopaxi, el Altisana y todos los nevados y volcanes de América. Las sierras de Guadarrama, la Nevada y Morena de España, son grupitos de colinas comparadas con las Cordilleras de América. Así es todo en proporción.

Así, pensar en colonizar y explotar aquel mundo, diseminando las fuerzas, sin prever las consecuencias de la exuberancia prodigiosa que amenazaba devorarlo todo, era comprometer desde su nacimiento la obra de la colonización. Eso aconteció. España era demasiado débil para monopolizar y dominar el mundo que había conquistado con tan suprema bravura; porque la distancia es inmensa de la simple conquista, que no requiere sino cualidades heroicas, á la dominación que exige tener el genio de la administración y numerosos elementos de un orden permanente y complicado.

España, nación caballeresca y guerrera, fanática y tenaz, profundamente fiel á las tradiciones, no tenía la elasticidad necesaria, (ni la tenía tampoco la civilización de aquella época) para plegarse ó acomodarse á la novedad, la grandeza y exuberancia del mundo colombiano; á fin de asimilárselo paulatinamente; tomando por base la civilización relativa de Méjico y Guatemala, del imperio Chibcha y del de los Quichuas ó peruanos, tan felizmente establecidos sobre las hermosas, fértiles y benignas alti-planicies de los Andes. Así, la grandeza, novedad y exuberancia de América fueron los escollos de la colonización, no menos que la imponderable riqueza aurífera, que dió lugar á fenómenos sociales que después analizaremos.

Si tan extraordinario era el mundo físico descubierto (cuáles eran las condiciones características de sus razas y modo de ser social? Importa mucho determinarlas, si quiera sea someramente.

Pero desde luego es preciso establecer una distinción, que la naturaleza había determinado en la distribución de las razas. La región de las alti-planicies había concentrado todas las fuerzas de la civilización en progreso. La región ardiente de las costas, los valles profundos, las Pampas y los Llanos era el inmenso imperio de la barbarie. De ese modo la orografía y la hidrografía de América eran los guías más seguros de la colonización. Bastaba observarlas y seguir las, calculando las nuevas sociedades sobre la base de las que existían.

El fenómeno era uniforme. Cortés, como Alvarado, Quesada y Fedreman, Benalcázar y Pizarro, tuvieron suerte idéntica. En las costas y los valles profundos, lucha terrible y mortal con tribus belicosas, indomables, desnudas, esencialmente cazadoras, muy poco ó nada agricultoras, sin vida civil ni formas determinadas de organización viviendo á la ventura, y enteramente nómades; tribus sin belleza y nobleza, profundamente mi-

serables en la plenitud de su libertad savage. Pero al trepar resueltamente a las alti-planicies de Méjico, de los Andes venezolanos, de Sogamoso, Bogotá y Popayan en los Andes granadinos, de Quito, el Cuzco etc., la situación cambia enteramente.

Allí la dulzura de los climas favorece a los conquistadores tanto como la riqueza y abundancia del cultivo; donde quiera encuentran vastas ciudades y pueblos y caseríos innumerables, que les sirven de asilo contra la intemperie; ejércitos de 40, 80 ó 100,000 indígenas sucumben, casi sin combatir, ante algunos centenares de conquistadores temerarios; las poblaciones, en vez de la astucia, la malicia rebelde y la inflexible resistencia de las tribus nómades, se distinguen por la sencillez candorosa, la ciega confianza, el sentimiento hospitalario, el amor a la paz, los hábitos de la vida sedentaria, la dulzura y la resignación. Los conquistadores no combaten allí en realidad. Toda victoria es una carnicería de corderos, porque el indio de las alti-planicies no se defiende, sino que se rinde, dobla la rodilla, suplica, llora y se resigna a la esclavitud sin protestar.

¿Qué encuentran los conquistadores en esta región?—Monumentos de notable arquitectura; rudimentos de cronología, dibujo, aritmética y escritura; todo un sistema de correos, de impuestos y comunicaciones regulares organizado; puentes, canales, calzadas, caminos, templos suntuosos ó oratorios, monasterios de vírgenes, graneros públicos de prevision, ciudades opulentas y muy regulares; un sistema completo de leyes civiles y penales, de tribunales, consejos, legisladores y administrativos, jerarquías en la autoridad gubernativa, religiones avanzadas, culto regular y permanente y órdenes sacerdotales; el matrimonio y la propiedad reconocidos y organizados; agricultura floreciente, industria muy notable (particularmente de tejidos) explotación y servicio de animales domesticados; notable progreso en la estrategia civil y militar; artes importantes como la de pintar, disecar, malear los metales, fermentar sustancias vegetales etc. cuyo secreto se ha perdido.

Y todo ese conjunto de elementos de civilización enlazado en vastos sistemas de confederación, en que se ve la gradación de las tribus, las naciones, los reinos y los imperios, como la de los *caciques*, los *zipas*, los *zaques*, los *incas* y los emperadores. ¿V las razas? Mucho más bellas, robustas é inteligentes que las de las costas y los valles ardientes; razas laboriosas, fraternales hasta el socialismo, dulces y hospitalarias susceptibles de todo progreso, de una regeneración ó modificación fácil y fecunda, con tal que el régimen de colonización no las contrariase bruscamente.

Los monarcas españoles y sus representantes en América no supieron apreciar las amables cualidades de esas razas infantiles, eminentemente accesibles a la civilización, ni menos supieron comprender el genio particular de las instituciones, costumbres y tradiciones de esas nacionalidades embrionarias. Quisieron centralizarlo todo allí donde la naturaleza, la organización social y las costumbres eran federativas; y de ese modo rompieron súbitamente los resortes y músculos de aquellas sociedades, condenándolas á perecer ó degenerar. Careciendo del genio de la colonización, y no teniendo (como más tarde los Puritanos de Escocia en Norte-América) ningún interés político ni social, que los adhiciese al suelo conquistado, sino apenas el interés de recoger y amontonar oro

para volver a la metrópoli opulenta, los españoles destruyeron en su germen los elementos de la nueva sociedad compleja que debía surgir de las alti-planicies andinas.

Pero seamos justos. ¿Se podía esperar ni exigir otra política de los conquistadores y colonizadores? No: ellos eran lo que su siglo los había hecho, y procedían segun las nociones y el espíritu de una época sin elasticidad ni prevision en la ciencia social y en el arte de gobernar. Por tanto, si hemos determinado los elementos, el carácter, las tendencias y los medios de acción de la conquista, así como los rasgos generales del mundo físico y social que se trataba de colonizar, no es con la mira de hacer estériles é injustas acusaciones a la España conquistadora y colonizadora. Nos importaba solo fijar el punto de partida de esa sociedad que hoy está constituida en quince repúblicas y cuya existencia difícil, atormentada y casi febricitante, no es más que el reflejo, la consecuencia lógica de esa génesis tumultuosa y empírica que se llamó la conquista de América.

JOSE M. SAMPER.

(Del Español de Ambos Mundos.)

VARIETADES.

Recuerdos.

FRAGMENTO DE UN VIAJE.

He pasado una parte de mi juventud viajando.

Durante la azarosa vida de viajero, se hallan goces que uno no puede explicar, y que los confía al papel con un mal tajado lápiz, ó con una mala pluma que por favor le facilita el Stuar ó el contador de un vapor.

Venia una vez del Callao; al tiempo de hacerse a la mar el vapor *Valparaiso*, oí un rumor que me presajaba una tierna despedida, tan tierna que las lágrimas de una consecuente amiga, se vieron correr por sus blancas mejillas sin que pudieran contenerlas los consuelos de la familia.

Ajítase la campana del vapor; los pasajeros se arriman a la baranda del buque a dar el último adiós a sus amigos: una mujer, cubierta con una bata cabritilla recorre sola el espacio que mide de la popa al palo mayor, y todos a una vez van a depositar el postrer beso en los labios de las personas de sus afecciones.

Yo nada sentía; me hallaba inmóvil contando si se quiere el paso marcado de esa mujer que para mí tenía mucho de misteriosa.

De repente suspendió su paseo, y con delicada coquetería solicitó de mí que le proporcionara un antejo para distinguir la marcha veloz de un bote fletero que se había desprendido del costado del buque.

Eran las seis de la tarde; las ruedas cumplían su deber y nuestro bajel se había alejado del puerto.

La mujer no soltaba de la mano el antejo, ni se movía del lado de labor apoyada en un bote que al efecto estaba amarrado a ese lado.

Los pasajeros se habían retirado a sus camarotes, y sobre cubierta no se veían sino tres personas, a cual más indiferentes: el oficial de guardia, la mujer y yo; la luna no se dejaba ver y necesario era que alguno de los caballeros ofreciese sus respetos a la desconocida.

Me llegué sin titubear, la diji un saludo cordial y le ofrecí asiento.

—Gracias caballero, me contestó con tristeza, ¿dónde va usted?

—A Guayaquil señorita, y usted?

—A Panamá, señor.

—¿Quién la acompaña a usted?

—Nadie, me contestó marcando la palabra con un acento francés que me agradó en extremo.

—Estamos iguales, señorita; yo tambien soy viajero y tengo, como usted, la desgracia de hacer mis viajes solo.

—¿No es usted casado?

—No señorita, y aun si lo fuera, no podría llevar a mi señora consigo pues sabe usted cuanto se sufre en un viaje.

—Tiene usted razón yo soy casada y sin embargo no me gusta viajar con mi

marido por no hacerlo sufrir en el mar; ¡se me reza tanto el pobrecito!

No pude contenerme, una ligera sonrisa asomó a mis labios: ella comprendió su significacion y me dijo con vivacidad.

—¿Se burla usted de mí?

—No señorita, habia concebido la idea de casarme con una mujer como usted, y en mi ligero pensamiento, veo que su corazón es muy apropiado para unirse al mio, puesto que las consideraciones que usted tiene por su esposo, las tendría yo por mi cara mitad.

—Sí, es tan natural eso entre esposos, y más en las mujeres: somos tan complacientes con nuestros maridos, que a veces preferimos dejarnos ahogar por que ellos estén bien siempre: mire usted, que llevo once años y no hago otra cosa que ir a París, permanecer allí seis meses, volver a Lima, acompañar a mi esposo dos, y dirigirme nuevamente al cielo de la Francia ¡es tan lindo París!

—Ola señorita, segun eso usted ha gastado un capital inmenso en estos viajes?

—Poco, mi esposo tiene dinero, y él me autoriza para que haga toda clase de gastos sin reparar.

Absorto me quedé con esta confesion de parte: no supe que admirar más, si la complacencia del esposo en dejar viajar a su esposa sola, ó el cinismo de ella para hacer alarde de su intrepidez en atravesar los mares sin temor ninguno.

Los que esto leían, si son casados, déjense ahogar primero a imitacion de las mujeres, antes que autorizar a sus esposas a que vayan a París a dar pábulo al jénilo aventurero desarrollado tan extensamente en la simpática viajera; de resto, cábeme la satisfaccion de haber hecho una travesía feliz hasta Guayaquil, con tan amable compañera.

Lápulo.

Remitido.

Señores Don Manuel Benito Santos, Don Felix Arburola, D. Antonio Ruiz, D. Juan R. Muñoz, D. Julio Cobar, D. Crisanto Alvarez, D. Baltazar Baldeoseda, D. Emilio Muñoz, D. Antonio Martinez, D. Domitilo Rivas y D. Lorenzo Bendaña.

San José, Marzo 20 de 1861.

Muy apreciables Señores:

En el número 94 de la *Gaceta Oficial* he visto inserta una carta de UU. que no me dirijieron a mi directamente sino al Redactor de la "Gaceta", juzgando que yo no le daría publicidad. Habria deseado que UU. no dieran este paso porque se ocupan de mi persona; pero ya que lo hicieron, me veo obligado a valerme del mismo medio adoptado por UU. para contestarles en los términos siguientes.

Quando me decidí a escribir sobre los males que varias autoridades locales han causado en esa Provincia, fué en virtud de algunos datos exactos que habia logrado con anticipacion recoger. No puedo negar que en el trabajo que emprendí, no hice otra cosa que bosquejar ligeramente aquellos males, sin entrar en pormenores, refiriendo circunstanciadamente otros hechos, que ademas de haber ocupado muchas paginas del periódico, habrian escandalizado al mundo entero. — Esto, Señores míos, me lo he reservado para mejor ocasion, porque he creído que no faltaría alguno que quisiese levantar la voz contra lo que he escrito, y porque he temido que como uno de tantos abortos que suceden en la vida aparecieran nuevamente en la escena pública las mismas au-

toridades que con justicia han merecido el anatema y execración de esos pueblos. Mi temor no es infundado, Señores, por que desgraciadamente tenemos aquí algunas personas que su influencia la emplean, mas en patrocinar malas causas y en proteger á individuos que por sus fatales antecedentes deben alejarse de todo destino, que en procurar el bien público.

Empero, á pretenciones absurdas y desgabelladas, es preciso oponer la fuerza irresistible de los hechos que hablan mas alto que cualquiera frase elocuente de que se pretenda hacer uso para explotar la credulidad de los que carecen de la malicia suficiente para no dejarse sorprender.

Acepto con mucho gusto los documentos que UU. me ofrecen, de los cuales me serviré, cuando alguno salga a la palestra a defenderse, y cuando por una fatalidad que no espero (al menos durante esta administracion) volviesen al Guanacaste las mismas autoridades a quienes la Provincia debe el estado de atraso en que se encuentra y los males de trascendencia de que han sido víctimas sus honrados habitantes.

Agradezco en alto grado el buen concepto que UU. forman de mí; y esta circunstancia unida á mis particulares afecciones hacia el lugar donde ví la primera luz, me obligará en todo tiempo y por cualquier evento a ser el mas celoso defensor de esos pueblos.

Aprovecho esta ocasion, Señores, para ofrecer a UU. mis respetos y las consideraciones de aprecio con que tengo la satisfaccion de suscribirme de UU. adicto y obediente servidor.

Antonio Alvarez.

Aviso.

CAJA UNIVERSAL DE CAPITALES.

Compañía general de seguros mútuos sobre la vida.

Gran caja de ahorros sobre el 3 por ciento diferido, autorizada por real orden de 8 de Julio de 1859.

DIRECTOR GENERAL.

DON JOSE LUIS RETORTILLO.

Delegado Régio.

Don Manuel Bantanaso, Capitan de Navio y Diputado a Cortes.

Dirección general, Madrid, Puerta del Sol, 5, 7 y 9 fianza depositada en el Banco de España, 1,456,000.

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Don Adolfo Deffis y D. Carlos Baijson.

TESORERO EN GUATEMALA

Don Juan Matheu

TESORERO EN SAN SALVADOR

Don Yvanario Blanco.

El Sr. Presidente de esta República, en acuerdo de 11 de Marzo de 1861, se ha servido autorizar el establecimiento de esta Compañía. Entre las ventajas que reportan a los suscritores a esta sociedad, sobre las demas compañías, nos concretamos a indicar por ahora que la *Caja universal de capitales* solo cobra un 4 por ciento por derechos de administracion y que permite al suscritor retirar su capital y beneficios el año que quiera, aun cuando no sea el señalado para la liquidacion.

Las personas que deseen suscribirse ó mas pormenores, podrán dirigirse a los agentes Señores Deffis y Baijson, Hotel de San José, quienes facilitaran gratis los prospectos de dicha Compañía.

San José de Costa Rica, Marzo 11 de 1861.

CELEMO BUENO, REDACTOR.—LA PATRIA NACIONAL